

COLECCIÓN “CAMINOS”

EL CIELO EN LA TIERRA

El secreto de Isabel de la Trinidad

Francisco Javier Sancho Fermín, ocd

**DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2006**

Introducción: el anhelo más profundo del ser humano

¿Quién no desea ser feliz? Seguramente a esta pregunta nadie puede sustraerse. Incluso aquellos que reniegan de su propia vida, lo hacen movidos porque presienten que en esta vida no tienen ya la posibilidad de alcanzar la felicidad. En cierto sentido, todo hombre y mujer está dispuesto a soportar sacrificios y privaciones, -incluso durante un largo período-, sólo en la medida en que alberga en su interior una pizca de esperanza de alcanzar la felicidad. Un ejemplo evidente lo descubrimos generalmente en los padres empeñados en sacar adelante a sus hijos. Y esto vale tanto para aquellos que viven motivados por una ideología, por un programa de vida individualista, por una religión, o por algún interés u objetivo materialista.

Pero la felicidad, lo descubrimos continuamente en nuestra existencia, es algo muy frágil, algo que se nos escapa de las manos con facilidad. Cuando llegan esos momentos felices fácilmente nos agarramos con fuerza a ellos porque quisiéramos que no se nos escapasen de las manos. Pero la cruda realidad se impone: surgen problemas, la enfermedad nos acecha, las desgracias se presentan, y la muerte nos acecha con su sombría cercanía. Nadie está libre de ello. Y, entonces, ¿qué ocurre? El horizonte de la felicidad se oscurece y nos sumergimos en el sinsentido de la existencia. Nadie tiene la capacidad de controlar su futuro ni el de los otros. Ni el dinero, ni el poder, ni el aislamiento, ni la aparente seguridad o estabilidad son suficientes para defender y salvaguardar la felicidad. En nuestro mundo todo depende de miles de causas y factores que no podemos ni controlar ni prever. Una acción equivocada, un fenómeno natural, una confluencia de causas, pueden provocar un caos frente al cual no hay vuelta de hoja. Un accidente puede sesgar una vida en cualquier momento. Un cáncer puede descubrirse como algo irreversible. El amor de nuestra vida, la pareja, el amigo, pueden traicionarnos en cualquier momento. Hasta es bastante común que los hijos, después de que han emprendido su propia vida, se olviden y se alejen de los padres. Desgraciadamente, tampoco faltan padres que se desentienden de sus propios hijos.

Si dedicamos tan sólo unos instantes a reflexionar sobre la fragilidad de la felicidad, nos damos cuenta de que no hay nada ni nadie que nos asegure su durabilidad. La felicidad nos llega sin ningún tipo de garantía. En el momento más inesperado se rompe, se esfuma, desaparece.

Entonces, tendríamos que plantearnos una segunda pregunta: ¿es posible ser felices? ¿existe una felicidad duradera, que pueda resistir todos los posibles ataques de la vida, y que nada ni nadie pueda aniquilar? Si planteamos este interrogante desde un punto de vista exclusivamente ligado a la fragilidad de lo humano, ciertamente tendríamos que responder con un NO absoluto a esas preguntas. Y si la pregunta se plantea en un ámbito religioso, (sin entrar a distinguir las religiones), con toda seguridad nos encontraríamos con una solución ambigua: por una parte la respuesta sería un NO, es decir, mientras vivimos en este mundo es imposible una felicidad duradera. Por otra parte obtendríamos un SÍ como respuesta, ya que existe una vida más allá de la muerte, donde nos espera la felicidad, siempre y cuando hayamos vivido conforme a las normas establecidas por la religión: en el cielo, en el paraíso, en la unión cósmica,...

Y si planteamos estas preguntas directamente al cristianismo, ¿con qué respuestas nos encontraríamos? Serían múltiples. Nadie negaría la felicidad absoluta en el cielo, después de la muerte. Otro cantar sería en relación con nuestra vida terrenal. Mientras estamos en este mundo la felicidad es una “niña” muy frágil, muy condicionada por las circunstancias: el mundo “es un valle de lágrimas”, “hay que sufrir aquí para luego merecer el cielo”, “la cruz es nuestro trágico destino”, “hay que aceptar la voluntad de Dios”, “Cristo murió crucificado”,... Respuestas que siguen “consolando” a muchos, pero que sólo reproducen una parte de la verdad, la más superficial.

Si esto es así, ingenuamente surgen otra serie de preguntas cuya respuesta no deberíamos eludir: ¿para qué nos creo Dios? ¿Dios es un sádico que se divierte a consta de nuestro sufrimiento? ¿o es que el verdadero Dios nada tiene que ver con el amor, y nos hace pagar todos nuestros fallos? ¿Por qué precisamente a mí me tiene que hacer esto? ¿Qué le he hecho yo a Dios para que me envíe esta cruz? ¿Qué tengo que hacer o darle a Dios para que me devuelva la felicidad? ¿Por qué Dios permite esto? ¿por qué no hace un milagro, o evita que pase esto o lo otro?... Y un sinnúmero de preguntas que todos, de una manera u otra nos hemos hecho en algún momento de nuestra vida, poniendo en crisis nuestra fe.

Claro que si en un momento determinado de nuestra vida conseguimos superar sanamente esas crisis de fe, suscitadas por las desgracias que nos envuelven, es muy posible que comencemos a darnos cuenta de que nuestra mente, quizás, estaba embotada por una falsa idea de Dios, o simplemente porque, ante nuestra impotencia, necesitábamos encontrar un culpable de nuestra situación. Y en la mayoría de los casos ahí se encuentra la base del problema.

Una tercera pregunta que se puede plantear el lector es: ¿realmente soy feliz? Por desgracia, cada vez resulta más difícil, incluso entre los cristianos, encontrar personas que respondan afirmativamente y con convencimiento a esta cuestión. ¿Qué es lo que nos pasa realmente? ¿Dónde queda ese “dichosos los que lloran o sufren, porque de ellos es el Reino”? No es de extrañar que la indiferencia se vaya abriendo camino. No parece, o al menos poco se percibe, que la religión nos haga diferentes a los demás, salvo en la práctica de algunos ritos. ¿No decimos que el evangelio es “buena noticia”?

Estas páginas no pretenden resolver el misterio, ni quieren ser un montón de argumentaciones o ideas para tratar de convencernos de algo. Con frecuencia oímos y decimos que estamos hartos, saturados de tanta palabrería. Por eso no quisiera ser yo el que hable. ¡Una imagen vale más que mil palabras!. Ese es el verdadero intento de este libro. A través de una imagen viva, existencial, real, tratar de percibir o descubrir que sí se puede ser feliz ya en este mundo. A través de la contemplación de una joven que ha sido feliz en medio de circunstancias adversas, quizás descubramos algo que nos ayude a vivir felices en “este valle de lágrimas”. Me estoy refiriendo a Isabel Catez, una muchacha francesa nacida el 18 de julio 1880, y muerta a causa de una dura enfermedad en 1906. En 1984 fue beatificada por Juan Pablo II. Los pocos y breves escritos que nos ha dejado son, como veremos a lo largo de las páginas que siguen, un testimonio fehaciente de que es posible vivir en la dimensión de la felicidad, aquí y ahora, independientemente de cómo trascurren las circunstancias de la vida. En su figura podemos rastrear ese camino que –según manifiesta Isabel- está al alcance de todos.

Un siglo nos separa de ella. Un siglo marcado por las guerras mundiales, por las matanzas racistas indiscriminadas, por la carrera nuclear, por el auge del materialismo y de un capitalismo devorador. Un siglo que ha marcado el rumbo de la humanidad del siglo XXI con sus luces y sus sombras, pero con muchos retos que seguir afrontando:

establecer una paz duradera entre los pueblos, vencer las epidemias del hambre y de la injusticia... Retos que, para quien los asume con esperanza, nos abren el panorama optimista de que es posible construir un mundo nuevo.

Las circunstancias actuales nos ofrecen con frescura y actualidad paradigmáticas el testimonio de Isabel. Ella tiene un mensaje que transmitirnos, un mensaje esencial que afecta a lo más profundo de nuestro ser. Isabel quiere ayudarnos a vivir una fe que nos haga realmente felices y que dé sentido a todo lo que somos y vivimos. Una fe que se toma en serio cuanto Jesucristo nos proclama en el evangelio. Si conseguimos añadir un poco de felicidad a nuestras vidas y a la de los que nos rodean, es porque hemos logrado acercarnos un poco más al Dios vivo y verdadero. Ese es el propósito del presente libro. Estoy seguro que Isabel puede ayudarnos en ese intento.

Estas páginas han nacido en un contexto muy especial: la preparación del primer centenario de la muerte de la beata Isabel de la Trinidad, cuya vida fue definida por Hans Urs von Baltasar, como una existencia teológica. El estudio minucioso y la reflexión pausada de sus escritos me han convencido, no sólo de la belleza de su doctrina, sino de lo práctica y necesaria que es para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI.

La capacidad de vivir la plenitud desde la simplicidad de la vida que descubrimos en Isabel, es algo que no deja a nadie indiferente. El contexto en el que vivimos, las necesidades y vacíos que hoy manifiestan muchos creyentes, insatisfechos con la vida de piedad tradicional, han ido iluminando las diferentes partes de esta obra. No se pretende ofrecer un panorama de la doctrina de sor Isabel, sino simplemente dejar que su testimonio nos ayude a revitalizar nuestra fe, para que la sintamos como algo vivo, auténtico y eficaz. Ella descubrió lo esencial y aprendió a vivir fundamentada en ello, y eso es lo que queremos dejar de manifiesto. Todos los hombres y mujeres tienen en sus manos la posibilidad de ser felices. Así lo ha querido Dios. Y ese es el mayor regalo que nos ha hecho. Nuestro problema es que no somos conscientes de ello y no terminamos de creérselo. También es cierto que casi nunca se nos orienta en esta dirección. Ha llegado el momento de hacerlo guiados por Isabel de la Trinidad.

Por último, he de decir que en la elaboración de estas páginas ha tenido mucho que ver mi hermano de comunidad el P. Rómulo Cuartas Londoño. Su saber y su larga experiencia han ido iluminando a cada paso estas líneas. A él le debo agradecido el resultado final de este libro.

A lo largo de las siguientes páginas se citarán continuamente los escritos de Isabel de la Trinidad. Para no interrumpir la lectura he optado por introducir dentro del texto casi todas las referencias bibliográficas. Las siglas usadas son las siguientes: C: *Cartas*; CF: *El cielo en la fe*; D: *Diario Espiritual*; DA: *Déjate amar*; GV: *La grandeza de nuestra vocación*; NI: *Notas íntimas*; P: *Poesías*; UE: *Últimos Ejercicios Espirituales*.¹

¹ Usamos la edición: SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras Completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2005. Normalmente el número que acompaña a la sigla indica número de orden (en el caso de cartas, poesías o notas), o el número de párrafo de la edición.

INDICE DE CONTENIDOS

Introducción: el anhelo más profundo del ser humano

1. Las limitaciones de la vida

Las limitaciones en la vida de una santa

Superar la limitación

2. El secreto de Isabel

Descubriendo un mundo diferente

Tomando conciencia de sí

Desarrollar el sentido de la trascendencia

Acompañada por Jesús

El secreto: la vida interior

3. Tomarse en serio el Evangelio

Construir sobre roca

La Buena Noticia

El Reino está dentro de ti

El ciudadano del Reino

Porque Dios es papá

Un Dios siempre presente

4. Tú puedes ser Hijo de Dios

Relación de amor y libertad

Vivir la religión en clave filial

Un encuentro para la felicidad: la fe nos abre al amor

Descubrirnos amados por Dios

Un Dios que nos iguala consigo

Fraternidad universal

5. Somos imagen del Dios Trinidad

El valor infinito del ser humano

Imagen y semejanza

Vocación natural del hombre: la unión con Dios

Predestinados a la plenitud

Ser otros Cristos

6. El ser humano es “Casa de Dios”

Casa de Dios

La persona: el templo más hermoso

Silencio y soledad

“Permaneced en mí”

7. El cielo en la tierra

Colaboradores de Dios

Vivir en la presencia del Dios Amor

En comunión con toda la humanidad

El amor de Dios

8. La felicidad a tu alcance

La felicidad posible

Buscar la felicidad

La felicidad está dentro

9. Cuando ni la miseria ni el pecado espantan a Dios

Un Dios unido a nuestra debilidad

Dos amores que se encuentran

10. Ser feliz aún en el sufrimiento: “No temáis, yo he vencido al mundo”

La limitación del Hijo de Dios

Aprender a convivir

Comprender

Abandonarse

Abrir los ojos

11. Lo único necesario: cuando todo lo demás sobra

Perder el miedo a la “experiencia de Dios”

Una fe que transforma la vida

Educarse a la Presencia

12. El verdadero realismo: Interiorizarse

Propio conocimiento

Interiorizarse es aprender a amar

Descubrir la propia nada

Camino de libertad

13. El camino: ¡Déjate amar!

Dios no te deja de amar

Participar del ser de Dios

Nada puede separarnos del amor de Dios

14. Puedes ser feliz – Conclusión

Apéndice I: Breve cronología de Isabel de la Trinidad

Apéndice II: Bibliografía

1. Escritos

2. Estudios